

REVIEWS

PUÑALES-ALPÍZAR, Damaris (2025), *Códigos rojos: geopolítica de la traducción durante la Guerra Fría. Cuba y el bloque del Este*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 332 p.

Con *Escrito en cirílico. El ideal soviético en la cultura cubana posnoventa* (Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2012), la profesora Damaris Puñales-Alpizar, de la Universidad Western Case Reserve, se ha convertido en una referencia obligatoria de los estudios sobre la Guerra Fría cultural. En este libro, la investigadora formada en la Universidad de La Habana ha escrito un ejemplar estudio de arqueología psicosocial, al sacar a la superficie los orígenes de la nostalgia por la «fase soviética» de Cuba en los años posteriores a la desintegración de la URSS y, con la ventaja ofrecida por la experiencia directa, revela los referentes soviéticos que llevaron a la existencia de una «comunidad sentimental soviético-cubana» que, paradójicamente, se volvió más visible después del fin de la URSS que durante las décadas de su presencia real en la Isla. En este libro de 2012, Puñales-Alpizar se dedicaba a la investigación de la cultura en sus vertientes más diversas –desde la filosofía hasta el diseño industrial, pasando por el cine, el teatro o el ballet e incluso los dibujos animados–, poniendo el foco en la impronta que la Unión Soviética dejó en Cuba a partir de 1959.

Ahora, el libro *Códigos rojos: geopolítica de la traducción durante la Guerra Fría. Cuba y el bloque del Este*, publicado en México en 2025, continúa esta pesquisa, pero esta vez la investigadora limita su alcance únicamente al campo de la literatura, y más precisamente a la literatura traducida en Cuba durante la Guerra Fría, ampliando en cambio el área dialogística investigada, al referirse al entero ámbito socialista, principalmente europeo, pero también asiático. El objetivo sigue siendo el mismo que en el libro anterior: la mejor comprensión del «hombre cubano actual», que, más allá de la nostalgia por unos tiempos más fastos, se enfrenta a la pregunta sobre los efectos que tuvo una política de culturalización dirigida por el Estado, el cual se empeñó en «forzar una hermandad con los países socialistas» (p. 195) y empleó la traducción de sus literaturas como instrumento de modelado de una subjetividad nacional encaminada a redundar en el utópico «hombre nuevo» revolucionario.

Desde este punto de vista, *Códigos rojos* entabla un sutil diálogo con el trabajo *El estante vacío* (2005) de Rafael Rojas, en el cual el historiador y ensayista cubano

afincado en México estudiaba las consecuencias sobre la subjetividad insular de los libros *ausentes* en las librerías cubanas de los años 1960-1990, es decir, aquellos libros portadores de líneas de pensamiento contemporáneas (por ejemplo, el posmodernismo) que no se tradujeron por causa de la censura, o como máximo se tradujeron a destiempo, a décadas de distancia del momento en que podrían haber influido activamente en el debate intelectual nacional. Por su parte, Puñales-Alpízar se interesa justo por los materiales textuales *presentes* en la Isla durante el mismo período, y específicamente por aquellos libros que provenían de las literaturas (semi)periféricas de los países socialistas. El análisis de esta parte del acervo literario traducido entre el inicio del régimen castrista y el fin de la URSS resulta novedoso y apasionante, porque saca a la luz aspectos poco explorados en los estudios sobre la cultura letrada de la Isla –desde la puesta en marcha del aparato de formación de traductores de lenguas minoritarias hasta las estrategias para evadir los pagos de los derechos de autor–, y a la vez permite aprehender la singularidad de la cultura lectora cubana no solo con respecto al resto del continente, sino también en relación con el propio bloque socialista al que Cuba se integró en 1961. Al examinar el modo en que las traducciones de los países socialistas moldearon el *habitus* lector cubano, el libro abre además una cuestión de alcance más general: la de evaluar el rendimiento histórico del proyecto ilustrado en el que se enraizaba la concepción socialista de la cultura, de un lado y otro del Atlántico, y que a la vez fue alentado y obstruido por el dirigismo estatal. Desde esta perspectiva, como recuerda la autora, la traducción entendida como forma de mediación cultural remite al proyecto de la editorial *Vsemírnaia Literatura* impulsado por Máximo Gorki tras la Revolución bolchevique, orientado a universalizar el acceso al acervo literario mundial. Dicho proyecto se inscribe en una noción ilustrada de la cultura como *Bildung* y como dispositivo de articulación entre pueblos, noción que, ante un examen más escrupuloso, deja entrever un sustrato subrepticamente imperial.

Por eso y por muchas otras razones, *Códigos rojos* se convierte en uno de los referentes más importantes para toda aquella producción científica de los investigadores del antiguo bloque socialista que indagan en las relaciones culturales entre sus países y América Latina durante la Guerra Fría, y particularmente para aquellos que se ocupan de la traducción de la literatura latinoamericana en el espacio soviético o que se encontraba en la esfera de influencia de la URSS. Efectivamente, como muestra la autora en el capítulo 4, la Revolución cubana fue el fermento más activo del desarrollo del hispanismo en la Europa Central y Oriental y las relaciones de los países socialistas con Cuba tuvieron un peso incomparablemente mayor que con cualquiera de los demás países latinoamericanos. Detrás del enorme éxito del *boom* de esta literatura en los países socialistas se halla su particular relación con Cuba que –en la afortunada descripción de Puñales-Alpízar inspirada por Jorge Mañach– representa en la Guerra Fría «la frontera ideológica y simbólica del imperio eslavo frente a Estados Unidos, a la vez que puerta natural de acceso cultural, económico e ideológico del bloque socialista al continente latinoamericano» (p. 296). Al investigar el flujo inverso de este intercambio cultural, a saber, la traducción y recepción en Cuba

de las obras procedentes de los países socialistas, la investigadora cubana da un importante paso adelante en los esfuerzos de entender más cabalmente el impacto transformador de las políticas culturales en todo el frente socialista y de evidenciar, al mismo tiempo, las alternativas propuestas por la maquinaria socialista al sistema literario mundial con el meridiano Greenwich en París o Nueva York. La traducción desempeñó un papel clave en esta tentativa de implantar un «nuevo orden literario» (p. 19), al incluir en el circuito de consagración la producción literaria de países hasta entonces poco visibles en el mercado del libro *mainstream* y, si bien esta apertura hacia horizontes nuevos representa un logro incuestionable, esta no deja de ser incompleta debido al fuerte sesgo ideológico que la marca, así como por la profunda injerencia del Estado que la ha propiciado.

La investigadora cubana tiene razón en poner esta etapa de dirigismo cultural, coincidente con el máximo acercamiento entre los dos márgenes del mundo socialista, bajo el concepto derridiano de «pharmakon cultural», a saber, «remedio y veneno para el avance cultural cubano que facilitaba la circulación de la palabra impresa a niveles nunca antes (ni después) alcanzados en Cuba, pero que al mismo tiempo impedía su riqueza y esplendor obstaculizando la diversidad, el diálogo y las tensiones propias y necesarias para el desarrollo de la cultura» (p. 34). Leída desde una región que experimentó también, durante poco menos de medio siglo, una etapa de culturalización masiva como proyecto de nación dirigido por el Estado, este planteamiento resulta sumamente adecuado, puesto que pone de relieve las contradicciones inherentes del proyecto cultural socialista encaminado a elevar el nivel cultural de la nación en su conjunto con el costo del cercenamiento de la libertad de expresión individual. La desaparición de las editoriales y de las revistas independientes, la censura y la autocensura, la marginación de muchos escritores (de los cuales algunos, compensatoriamente, se orientaron hacia la traducción) son fenómenos analizados por la autora y que tanto en la Isla como en el bloque socialista europeo se asocian, no obstante, con la publicación de libros con tiradas masivas, a precios irrisorios, con la implementación de una red impresionante de bibliotecas, librerías, galerías de arte y filarmónicas y con el crecimiento indudable del nivel de la educación. Si el carácter deletéreo de la instrumentalización política del arte y la literatura no necesita mayor explicación, en cambio tampoco se puede obviar que el marco que el Estado ofrecía a la cultura dejaba suficientes intersticios para un ejercicio intelectual auténtico y permitía la inclusión en la oferta cultural de obras de una gran variedad de matices, no solo de las «ideológicamente correctas».

En el primer capítulo del libro, titulado sugerentemente «¿Para qué sirve la literatura?», se encuentran en germen las líneas que se desarrollarán a lo largo de los siguientes diez apartados desde ángulos distintos, pero convergentes, y aquí también se avanza una hipótesis acerca de la razón del fracaso de este vasto proyecto de culturalización de inspiración soviética: «para que la literatura sirva no se le debe intentar dar un sentido utilitario –en este caso de propagación ideológica–» (p. 41). Con otras palabras, justo en los sutiles intersticios dejados por el control estatal –en ciertos momentos muy rígido, en otros más laxo–, el canon cubano se

amplió y diversificó gracias a la maquinaria cultural puesta en marcha con el afán de acercar la Isla al espacio socialista. No se trata solo del hecho de que entre los miles de libros importados entre 1960 y 1990 –principalmente de la URSS (más de 3500 títulos), pero también de los otros países socialistas europeos (con un promedio de una centena por país) (p. 51-52)– se encontraban también libros de buena calidad y no solo textos ideológicamente edificantes para el proyecto antropológico revolucionario. Como señala con agudeza la autora, el acercamiento al mundo socialista produjo, por un lado, un archivo literario «oficial», conformado por libros de toda índole, pero de los cuales principalmente las novelas realistas socialistas soviéticas se incluyeron en el currículo académico y tuvieron, pues, un impacto más duradero. Por otro lado, este mismo archivo «oficial» propugnó la aparición de su contraparte «no oficial», el archivo constituido por libros de Kundera, de Bulgakov o de escritores cubanos exiliados que se leían bajo cuerda y que contribuían en igual medida a la configuración del *ethos* cultural de la Isla. En las palabras de la autora: «Es en el diálogo entre estos dos archivos a través del cual la literatura socialista traducida produce su influencia más completa, y en donde la noción de la *nación* alcanza su máxima expresión de diversidad» (p. 232).

Damaris Puñales-Alpízar maneja una bibliografía de una excepcional riqueza y diversidad, mostrando una particular afinidad por la teoría de los polisistemas de Itamar Even-Zohar, que argumenta que la literatura traducida representa el más activo sistema dentro de cualquier polisistema literario. Siguiendo esta orientación, lo que se desprende de la investigación del sistema activo representado por las traducciones del ruso, búlgaro, checo, rumano, húngaro, polaco, etc. es que, al fin y al cabo, su influencia en el polisistema literario local queda aparentemente bastante reducida. No solo los libros importados del espacio socialista constituían apenas una cuarta parte del total de las obras traducidas, sino que, además, las lenguas «tradicionales» de traducción –inglés y francés– seguían siendo las más utilizadas entre 1960 y 1990 (p. 54). Además, de acuerdo con el análisis de una muestra representativa de las encuestas realizadas en los años ochenta por la revista *Bohemia* en la sección «Qué se lee», de los 530 libros seleccionados por los lectores cubanos, solo 74 provenían de los países de Europa del Este, lo que representa el 14% de las preferencias lectoras (p. 56). Dicho de otro modo, estos libros –cuya publicación estaba vinculada también a las ventajas económicas derivadas del impago de los derechos de autor– tendían a figurar en los catálogos de las editoriales estatales como «significantes vacíos», es decir, como emblemas de una supuesta efervescencia del diálogo con los países socialistas. Su destino real y efectivo –como señala la autora con un humor que, de hecho, impregna todo el libro– fue con frecuencia convertirse en material para usos domésticos o, sencillamente, en pulpa.

En cuanto atañe a la influencia literaria directa, estudiada en el capítulo 8, cierto influjo de la prosa rusa se puede detectar en las obras escritas hacia finales del siglo XX o a principios de nuestra centuria por Jesús Díaz, José Manuel Prieto o Antonio José Ponte, aunque también aquí se trata más bien de temas y motivos que de la estética de un cambio (p. 222). Una emulación real suscitaron los libros rusos,

búlgaros, etc. pertenecientes a géneros «marginales», a saber, la ciencia ficción o la novela policial –que en todo el espacio socialista representaron un lugar de libertad al estar menos contaminados por la propaganda comunista–, pero, señala la autora, la producción local en el ámbito de estos géneros estuvo igualmente marcada por varios autores anglófonos traducidos en los mismos años (p. 226). Finalmente, la fórmula más representativa de la literatura soviética –el realismo socialista–, encontró un eco limitado en la creación local, a pesar de su masiva importación, principalmente de la URSS, pero también de otros países eurorientales (p. 289).

El interés bastante reducido por la producción literaria, crítica y teórica del ámbito socialista sin duda se debe también a la selección muchas veces desacertada de los títulos ofrecidos al público lector: una lista de trabajos de teoría estética y literaria soviética publicados entre finales de los años setenta y principios de los años ochenta mencionada en el capítulo 2 revela el grado de dogmatismo de los dirigentes culturales, incluso después del sombrío Quinquenio Gris (1971-1976), y sorprende por el apego a una rígida concepción marxista-leninista, la cual no solo en los países de Europa del Este, sino incluso en la URSS, ya estaba superada desde hacía casi dos décadas. En cuanto a los libros de literatura propiamente dicha, la selección también adolece de los sesgos propugnados por las Uniones de Escritores de los países de Europa del Este, las cuales –así como afirma Jesús David Curbelo, citado por la autora– por lo general excluyen «las voces en verdad importantes, en la mayoría de los casos silenciadas por manipulaciones sociopolíticas» (p. 188). Este aserto se verifica por uno de los ejemplos de los libros rumanos traducidos en Cuba que aduce la autora: se trata de *Hacer el mundo* (en original, *Facerea lumii*) de Eugen Barbu, un libro escrito en 1964 que la crítica literaria rumana considera, hoy en día, más bien ilegible debido a la abundancia de clisés realistas socialistas e indigno, de hecho, de ser mencionado, especialmente cuando el mismo autor dio a la luz en 1957 una obra maestra como *El hoyo* (en original, *Groapa*). Ahora bien, *Facerea lumii*, un libro muy extenso (580 páginas en la edición cubana), apareció en la Isla en 1984 –es decir, en una etapa en que prácticamente se veía como obsoleto en la cultura rumana– y la autora lo descuellla para evidenciar otro rasgo emulado de la producción cultural socialista: la impronta didáctico-ideológica de los paratextos que acompañaban los libros traducidos en Cuba.

A pesar de esta relativamente magra repercusión en la conciencia lectora cubana de los libros traducidos entre 1960 y 1990 de las lenguas de la Europa Central y del Este, la autora tiene razón al insistir en que su impacto no dejó de ser significativo debido al fenómeno teorizado por Even-Zohar, así como por André Lefevere, denominado recepción indirecta, a través de otros medios y otros discursos, puesto que la presencia de un libro trasladado a otro ámbito cultural no deja de convertirse en un mensaje, incluso cuando la mayoría del público meta no lo lee, sino eventualmente recibe noticias sobre él por medio de reseñas o de su inclusión en otras formas de producción cultural (radio o telenovelas, pinturas, dibujos, teatro, etc.). La prensa cultural también desempeñó un papel importante, como se puntualiza en el capítulo 7 del libro, por la inclusión constante en sus páginas de los autores socialistas

y por los números temáticos dedicados a la URSS, RDA, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Checoslovaquia, Polonia, Vietnam o Mongolia por revistas como *Lunes de Revolución*, *Unión* o *Signos*. A la luz de este marco, se comprende que, aunque la circulación masiva de literatura socialista traducida entre 1960 y 1990 no produjera una ruptura canónica ni una «nueva literatura», sí ha dejado una huella persistente en el sistema literario cubano, perceptible tanto en la consolidación de géneros (ciencia ficción y policial) como en la incorporación de un amplio repertorio referencial de procedencia eslava. Lo más importante es que este impacto se inscribe en un proceso de institucionalización cultural basado en la subvención, la alfabetización y la educación masiva y el dirigismo de la producción artística, emulado de los modelos eurorientales, puesto que «más que la traducción de obras específicas, lo que se traducía era una forma de crear y consumir el arte en general» (p. 291).

Ya señalamos que el libro de Damaris Puñales-Alpízar no se podrá obviar a la hora de estudiar la tentativa de los dirigentes culturales del mundo socialista de edificar un contra-canon al erigido por el mercado internacional occidental. Con el afán de esbozar unas posibles líneas de futuras investigaciones, remarcamos que, tras su lectura, resulta más sencillo entender por qué –para expresarnos en los términos de Even-Zohar– la literatura importada desde Latinoamérica tuvo un efecto catalizador en los países socialistas europeos, mientras que en el flujo inverso, las traducciones del ruso, búlgaro, checo, etc. se encontraron en una posición periférica dentro del polisistema literario cubano, convirtiéndose así en un importante factor de conservadurismo. Aunque el foco de atención no recae en la recepción de la literatura euroriental, los ejemplos aportados por la autora muestran que los modelos de renovación cultural socialista y los repertorios literarios introducidos en Cuba ya habían sido ampliamente superados en sus países de origen. En efecto, cuando Cuba se incorporó al bloque socialista, la fase más dogmática de los primeros años del comunismo europeo estaba llegando a su fin. En Europa oriental los esquemas del ortodoxismo marxista-leninista habían dejado de operar como marco hegemónico tras el deshielo cultural y los intelectuales siguieron defendiendo unas concepciones más liberales de la cultura a pesar de los intentos de redogmatización impulsados desde instancias estatales en contextos como la URSS de Brézhnev, la Rumania de Ceaușescu o la Bulgaria de Zhivkov. En contraste, en Cuba la consolidación de un dogmatismo férreo se vio reforzada por la presencia activa de asesores soviéticos y de docentes enviados desde Moscú para integrarse en el sistema educativo y cultural de la Isla, por lo cual la soviétización reactivó formas de control ideológico y cultural que incluso en la URSS ya habían perdido centralidad. No se puede negar que ciertas obras de narrativa cubana –como las de Dora Alonso, Edmundo Desnoes o José Soler Puig– se publicaron en la primera mitad de los años sesenta al calor del entusiasmo inicial provocado por la Revolución cubana, y que algunos textos del realismo socialista o policial revolucionario, como los de Manuel Cofiño o Ignacio Cárdenas Acuña, llegaron a traducirse en algunos países del bloque del Este. Sin embargo, fue Alejo Carpentier el que llegó a convertirse en el mayor exponente de la literatura cubana, precisamente por la afinidad de su prosa con el realismo mágico

del *boom*, y de ninguna forma por su carácter revolucionario «socialista». Aún más, en algunos países del Este, el caso de Polonia o Rumanía, se publicaron a autores que habían sido enviados al ostracismo por el régimen castrista o que se habían exiliado: José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Reinaldo Arenas, lo que hace patente que la deriva dogmática cubana avanzaba en sentido inverso a las tendencias antidogmáticas que recorrían buena parte del socialismo europeo.

Códigos rojos: geopolítica de la traducción durante la Guerra Fría. Cuba y el bloque del Este es un libro que no solo ofrece un análisis apasionante escrito en un estilo alerta y cautivador, sino que también abre fecundas líneas de reflexión para futuras investigaciones. Algunas de estas necesitarían equipos internacionales, como, por ejemplo, el examen más atento de los títulos seleccionados de cada literatura socialista a lo largo de las distintas fases del régimen castrista, con el fin de entender el funcionamiento del canon socialista supranacional y las eventuales variaciones de la instrumentalización de la cultura dentro del ámbito socialista. Entre los méritos del libro se encuentra también el de visitar con una lucidez que no excluye la nostalgia los tiempos en que se intentó ensanchar la «ciudad letrada» y mitigar el carácter elitista de la alta cultura mediante la edificación acelerada de una comunidad docta socialista, haciendo evidente que el ideal ilustrado nunca dejó de ser un horizonte problemático.

Ilinca Ilian
(Universitatea de Vest din Timișoara)

